

LA CATEQUESIS EN LA PERSPECTIVA DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

Dr. Fr. Miguel Ángel Medina Escudero O.P
Universidad Eclesiástica San Dámaso - Madrid

S. Juan Pablo II, al comenzar el Tercer Milenio, nos llamó a "remar mar adentro" y comprometernos en una "Nueva evangelización": "Nueva en su ardor, en sus métodos y en su expresión". Pero han pasado los años desde esa invitación y el mundo (y la Iglesia) parecen haberse secularizado cada vez más. Si evaluamos los últimos acontecimientos, incluso dentro de nuestra iglesia, surge la pregunta de si realmente sirvió para algo la invitación papal. En todo caso, la gran comisión no puede convertirse en anestesia para seguir como antes, pues necesitamos una nueva práctica pastoral, con una verdadera evangelización y una catequesis con dimensiones evangelizadoras.

Nadie podrá negar el fervor y los esfuerzos hechos. Pero tampoco debemos ocultar la otra cara: los síntomas de su fracaso. Sin negar la validez de la propuesta, y el mérito de los esfuerzos y compromisos a los que ha dado lugar, tenemos que reconocer que sus frutos han sido escasos

La propuesta de una nueva evangelización era legítima y necesaria. San Juan Pablo II la hizo con valentía y la mantuvo con constancia, pero esa propuesta siempre arrojó dudas o sospechas sobre algunos compromisos que el mismo Concilio y la *Evangelii nuntiandi* habían considerado esenciales para la misión de la Iglesia.

El mismo Pontífice, en la Exhortación antes mencionada, distingue "tres situaciones o espacios" de evangelización: primera, la misión a los no cristianos o misión ad gentes; segunda, atención pastoral de la Iglesia a los fieles de las comunidades cristianas ya establecidas; tercera, la nueva evangelización o re-evangelización de los países de antigua cristiandad, donde grupos enteros de bautizados han perdido la fe o viven alejados de la práctica de la misma (RM 33)

1, ¿Evangelización o nueva evangelización?

¿Qué es evangelizar? Si buscamos una definición, podríamos decir que es el ofrecimiento libre, total, comprensible y convincente de la Buena Nueva de Jesús a unas gen-

tes que aún no han recibido el mensaje evangélico o la han recibido de manera deficiente, puesto que apenas han captado la significación que tiene este mensaje para sus vidas.

Este anuncio es el punto central de toda evangelización, pero también lo es la adhesión del corazón y conversión de vida; la entrada en la comunidad; la acogida de los signos eficaces de la presencia salvadora de Cristo y de su Espíritu y, finalmente, la actividad apostólica que nace de todo el proceso previo: el que ha sido evangelizado, evangeliza a su vez.

Todos estos elementos constituyen la evangelización, nueva evangelización o catequesis evangelizadora como proceso total, dinámico y coherente dentro de la misión de la Iglesia (EN 24). Para que cualquiera de estas tres formas pastorales tenga la virtud de la “novedad” se requiere:

1. Una nueva experiencia personal del amor de Dios, que haga arder el corazón como en los discípulos de Emaús.

2. Una “metanoia” profunda, que empiece por cambiar la antigua forma de pensar (nuestras ideas erróneas sobre Dios) y el corazón.

3. Una efusión fuerte y poderosa del Espíritu Santo, que permita presentar el kerigma con “dynamis” y “parresia”.

La propuesta del anuncio evangélico no puede dejar de presentar el Amor de Dios, el pecado, la salvación en Jesús, la fe y la conversión, la proclamación de Jesús como Señor de toda nuestra vida, la promesa del Padre y el Espíritu Santo prometido a todos los que creyeran y formaran parte de la única y verdadera iglesia. No es anunciar un nuevo mensaje, pues solo hay uno, pero sí debe poner atención al modo de presentarlo: con audacia y mucha humildad.

En nuestro lenguaje pastoral aparece de forma recurrente la palabra “evangelización”. Para entender correctamente esta actividad eclesial hemos de prestar atención a los tres momentos que autentifican todo el proceso evangelizador. Primero, la evangelización implica el anuncio explícito del Evangelio, para que sea conocido y se pueda saber lo que en la humanidad y en la Iglesia, hay de Evangelio y lo que en ellas es contrario a Éste.

Un segundo aspecto fundamental es la aceptación de la Buena Noticia. Sin aceptación no hay evangelización eficaz ni realizada. Aunque el evangelizador haya cumplido su misión, la finalización de la evangelización tiene lugar cuando, tras anunciar con fidelidad el Evangelio, es aceptado como verdadero y se pone en práctica.

El tercer aspecto, quizá el más decisivo de la evangelización, es la práctica del Evangelio. Este es el objetivo conclusivo de toda evangelización: ajustar la vida al Evangelio. Es la meta y conclusión de la evangelización. Dentro de uno o de los tres aspectos es donde se inserta la “catequesis”

El tiempo que nos toca vivir reclama un cambio importante de comportamientos pastorales que verifiquen la transmisión del Evangelio. En los últimos años se han ido proponiendo soluciones evangelizadoras, pero éstas no han encontrado el horizonte ni el dinamismo adecuado para llevar adelante la tarea que se proponían.

Quizás por ello, en el nuevo Directorio para la catequesis (2020), vemos el siguiente enunciado: “La catequesis en la misión evangelizadora de la Iglesia”(1,4). Ahí se indica que nos hallamos ante una situación acuciante para la pastoral; una situación que exige algunos cambios: pasar de una pastoral de mantenimiento a una pastoral misionera, comenzando por la misma Iglesia; incorporando a la evangelización una catequesis dirigida expresamente a los no creyentes y a los indiferentes, pero también a aquellos cristianos de fe sin coherencia vital. Frente a esta triple situación, es claro que todas las acciones pastorales deben estar orientadas desde la misión, pero sin confundirse a nivel teórico ni que queden anuladas las características específicas de cada una.

2. Nueva evangelización y catequesis ¿Cómo conjugarlas?

El 25 de junio de 2020, al presentar el nuevo Directorio, Mons. Rino Fisichella subrayaba que la Iglesia se enfrenta al desafío de cambiar el comportamiento catequético para posibilitar una mejor transmisión del Evangelio en la situación cultural y social en que vivimos. Es necesario pasar de una comunicación de la fe a una catequesis caracterizada por el anuncio misionero de Jesucristo, que posibilite la conversión, el seguimiento y la profesión de la fe cristiana.

La secularización ha ido penetrando en la sociedad, modificando profundamente la mentalidad, la concepción de la existencia y el comportamiento religioso de las gentes. Los miembros de nuestras Iglesias no todos están convertidos al Evangelio, de modo que la Iglesia no debe ni puede ser identificada con una comunidad evangelizada, y mucho menos evangelizadora o misionera. Esta situación nos urge a promover una acción orientada a suscitar la fe y la conversión. No se trata, solo, de sostener y reavivar la vida cristiana entre los practicantes, sino de propiciar que no creyentes y no practicantes puedan también recibir el anuncio del Evangelio y transformar su situación.

Pero, para hacer más realistas nuestros programas de nueva evangelización/ catequesis, hemos de prestar atención a cuatro grandes desafíos que subyacen en cualquier proceso de misión evangelizadora: el lenguaje en el que se ha de expresar nuestra comunicación, para que sea comprensible y convincente. Segundo, la dimensión del “yo”: una de las características de la postmodernidad es la nueva conciencia del activo rol que juega la persona en el mundo. Tercero, se está produciendo una crisis en la “didascalia” y del papel de la “Tradición-autoridad”. La memoria colectiva ha quedado en desuso, y con ella su carácter normativo. Frente a la autoridad de la Institución se ha levantado la autoridad del propio juicio y enfoque. Finalmente, el cuarto factor es la trasposición de la salvación hacia la sanación, mediante una búsqueda de la paz y armonía interior. Estos cuatro desafíos no tienen fácil solución. Pero sí pueden atenuarse, si nuestra catequesis se orienta en estas direcciones:

Primera, hemos de promover una religión edificada sobre una experiencia personal y comunitaria, que hable tanto al corazón como a la inteligencia. Segunda, promover la inteligencia de la fe, a través de una formación permanente. La inteligencia de la fe exige que ésta sea centro y fundamento de la vida, no algo añadido a la persona; que sea una experiencia personal de la relación con el Dios vivo y verdadero; que sea compartida y celebrada en comunidad; y, finalmente, encarnada y vivida en el mundo, mediante un testimonio de amor. Tercera, volver a hallar una práctica adecuada de lo sagrado y de los gestos religiosos, de modo que esa práctica religiosa procure, además de la salvación, una sanación y armonía interior. Finalmente, el amplio espectro de la experiencia de lo sagrado, que se vislumbra entre nuestros contemporáneos, apunta claramente a un deseo insaciable de experiencia de Dios y la necesidad del Misterio para reencantar la vida cotidiana.

3. Una catequesis evangelizadora para una época de nueva evangelización

“La catequesis es un acto de naturaleza eclesial nacido del mandato misionero del Señor (cf. Mt 28, 19-20) y cuyo objetivo, como su nombre indica, es hacer que el anuncio de su Pascua resuene continuamente en el corazón de cada persona para que su vida se transforme” (DC 55). El “reto” al que se enfrenta la catequesis implica tomar en seria consideración que es una actividad esencial de la Iglesia y que, por tanto, está llamada a estar presente en toda actividad eclesial, sean cuales fueren las circunstancias socioculturales en las que se tenga que desarrollar.

La comunicación o transmisión de la fe forma parte del proceso global de la evangelización, sin confundirse ni reducirse a una sola óptica. Sabemos que la catequesis puede

ser comprendida según un concepto amplio o pleno y un concepto más restringido. En este sentido, es la enseñanza elemental de la fe, la transmisión del mensaje cristiano en sus elementos fundamentales. Sin embargo, “la catequesis en sentido pleno es la iniciación cristiana integral; es decir, una iniciación no sólo en la doctrina, sino también en la vida y culto de la Iglesia, así como en su misión en el mundo” (Catequesis de la Comunidad 79).

Sería pretencioso querer afrontar todos retos que la catequesis debe asumir y afrontar, pero sí podemos considerar algunas opciones, tales como, poner en marcha una catequesis de inspiración iniciática y procesual. Porque la catequesis es un crecimiento en la fe, necesariamente el catequizando ha de iniciarse existencial y progresivamente en las dimensiones que la vivencia de la fe encierra. Además, revestir la catequesis con un claro talante misionero (EG 15), hasta propiciar una catequesis integrada en todo el proceso evangelizador de la Iglesia.

En realidad, ninguna catequesis puede considerarse como tal si no comporta una dimensión evangelizadora tanto para los no cristianos como para los cristianos practicantes y convencidos, o para aquellos cristianos que desean retornar a una práctica cristiana más consciente y profunda. Despertar y acrecentar la fe en todos ellos es el verdadero reto de la catequesis para la nueva evangelización.

Este dispar universo exige que imaginemos una pastoral catequética diferenciada, dejando atrás planteamientos monomorfos, inadecuados e ineficaces. Nos encontramos ante la necesidad y la exigencia de un cambio en el modelo de transmisión de la fe que modifique los moldes heredados. No basta con simples correcciones, hoy necesitamos un nuevo paradigma en el que resalte...

- La configuración de un nuevo seno maternal y un nuevo perfil del catequista. En la conjunción de ambas realidades se gestará un nuevo creyente: una comunidad acogedora que otorga nueva vida, y un catequista, miembro de esa comunidad, más guía que didacta, modelo y animador, creyente evangelizado con una fe fuertemente vivenciada y personalizada.

- Un proceso, con pasos e itinerarios distintos a recorrer; con distintas puertas de entrada, diversos programas e itinerarios y de distintos ritmos, respondiendo a la historia personal, que ha de ser leída como historia de fe. Una fe que no es tanto algo que se recibe o se configura en un determinado momento, cuanto un camino que se recorre a lo largo de toda la vida y que no puede permanecer al margen de los diferentes elementos biográficos y situaciones.

- Con una nueva gramática cristiana y humana, para lo cual sería conveniente ir al corazón del misterio de la fe, pero, también será necesario prestar atención al humus humano en el que ha de enraizarse la fe. Sin este suelo de la gramática humana, ninguna personalización de la fe va a ser posible.

- Animado mediante un nuevo tejido de relaciones, nacidas de la operatividad de la fe. Es fundamental contar con personas y grupos con intensa experiencia creyente, que puedan contar, mostrar y contagiar su vivencia e historia: la fe se aprende mediante la experiencia compartida, junto a hermanos y hermanas que sacan del Evangelio la fuerza para vivir.

- Dando realce a una pedagogía iniciática con acompañamiento; una pedagogía que guíe “de la mano”, para que empiece a vivir una experiencia y se adentre en ella. Según esta pedagogía, no se trata de proponer lo que hay que vivir sino de vivir lo que se propone. Una pedagogía que hace resonar la Palabra, mediante un padrinazgo de relación e implicación en la experiencia cristiana del acompañado, creando un clima desde los primeros pasos que provoque el gusto de creer y el deseo de continuar. El relato de los discípulos de Emaús es una referencia insoslayable para quien trata de acompañar a otras personas en su proceso de iniciación.

- Acompañar en el proceso de “experimentación”. El Evangelio es acogida e invitación a ver y quedarse, a experimentar y cambiar mediante un baño de significaciones que el catequizando no podría descubrir por ningún otro camino. La catequesis evangelizadora está llamada a ser ese espacio de “hacer experiencia cristiana”. Será una catequesis enfatizadora de la pedagogía de la acción y la vivencia. De ahí la importancia de proporcionar y provocar experiencias, que faciliten estas vivencias, y de ofrecer o facilitar el contacto y relación con personas y grupos de creyentes que comuniquen su experiencia y contagien su esperanza.

- Realizando una catequesis de “propuesta” de la Buena Noticia. Proponer la fe no es enseñar; es ofrecer, invitar y someterse a la posible aceptación o rechazo. Se trata de proponer sin imponer; despertar las conciencias sin buscar dominarlas; dar testimonio de un sentido sin esperar que sea reconocido por todos.

- Significativa. Es importante mostrar que Dios no es algo del pasado sino “Alguien” que nos hace vivir de otra manera. La fe del catequista tiene que ser seductora, impactante y convincente, porque da alegría y felicidad; porque abre la vida a lo insospechado, sin mutilar a la persona sino que la conduce a la plenitud de sus posibilidades.

- Una catequesis para la apropiación personal. La exigencia de una apropiación personal se ha hecho imperativa. Surge, entonces, la urgencia de realizar una catequesis que posibilite una opción de fe libre, consciente y personal.

- Para brillar con una espiritualidad apostólica. Esta fe confesante está llamada a generar una espiritualidad en la que la dimensión evangelizadora ilumine todos los aspectos de la vida de la fe. A este estilo de realización de la vida de la fe es a lo que llamamos espiritualidad apostólica de la fe. Y, entre sus rasgos, estará la conciencia de la vocación e invitación a existir a partir del encuentro con el Señor, encuentro que se renueva en la existencia diaria.

Asumir esta vocación apostólica, gracia y tarea, saca al cristiano de sí mismo; le destina a los hombres y le hace vivir en función del servicio al Evangelio. Esta espiritualidad apostólica no puede sino expresarse con el lenguaje del Espíritu Santo, un lenguaje vertebrado en torno a tres elementos fundamentales: un lenguaje de amor, hablado con sencillez, universalmente comprensible por todo hombre, en sus diversas circunstancias de vida; el lenguaje de la paz de quien se sabe valioso para Dios. Finalmente, el lenguaje de Espíritu es un lenguaje de perdón y amor. El perdón es el amor que sigue amando aun sin ser amado, aunque no recoja del otro el fruto del amor. El Señor resucitado no pregunta a Pedro, sobre el pecado de la cobardía y del abandono, sino sobre el amor.

4. Nueva catequesis evangelizadora de una Iglesia “en salida”

La metodología catequética depende de si la Iglesia se piensa como una Iglesia que sale de sí, o una Iglesia que vive en sí, de sí y para sí. La Iglesia en salida asume una espiritualidad de éxodo. Catequizar en una Iglesia en salida es no conformarse con mantener una pastoral de cristiandad. La catequesis de esta Iglesia es una catequesis que busca, que se presenta en profundo proceso de conversión interior para salir mejor al encuentro del hombre de hoy; una Iglesia que se pone en marcha siguiendo cuatro movimientos: involucrarse, acompañar, fructificar y festejar (EG 24). La actividad catequética en esta Iglesia camina al encuentro y se hace una con los destinatarios; los escucha y ama antes de nada; es una iglesia que sabe esperar, con sus puertas abiertas; que deja de lado la ansiedad para mirar a los ojos y escuchar; renunciar a las urgencias para acompañar al que se quedó al borde del camino (EG 46). Es una Iglesia que reacciona ante las tentaciones de la autorreferencialidad, del aislamiento, contra la enfermedad del encierro y la comodidad de aferrarse a sus propias seguridades (EG, 49).

La clave para este nuevo paradigma brota de una espiritualidad de compasión en crecimiento, que empuja hacia una “caridad pastoral” (1 Cor 13,13), principio interior y dinámico, capaz de unificar múltiples y diversas facetas.

Inspirándonos en las claves de la espiritualidad misionera del papa Francisco, podemos trasladar algunas notas al hacer catequético: acompañar desde la cercanía (cf: Mc 1, 29-31), yendo hacia la profundidad del ser humano, necesitado tanto de sanación como de salvación, de forma que brote naturalmente la conversión, el agradecimiento y la alabanza. Pero esa espiritualidad debe, además, propiciar una misionariedad agradecida hacia la Palabra de Dios y hacia otros hermanos.

Pero, no habrá conversión sin la experiencia del perdón y del amor de Dios, para después transformarse en un evangelizador capaz de vivir desde la alegría del perdón, la acogida, la paciencia y la compasión.

5. Nuevo modo de hacer catequesis

La novedad de nuestro tiempo reclama un cambio importante para una mejor transmisión del Evangelio. Quien ha descubierto de veras la fe, y lo que supone, haciendo de ella el centro de su vida, no puede dejar de compartir con los demás lo que él disfruta como un verdadero tesoro.

Aceptar personalmente la fe, autoimplica en el apasionante reto de colaborar con el Espíritu en la predicación de la Palabra. La novedad de la situación ayuda a situar todas las tareas y fases del proceso evangelizador, para que se hallen incluidas, mutuamente implicadas y acertadamente articuladas (EN 11) Consecuentemente, habremos de prestar una atención comprometida al primer anuncio, pero sin olvidar otorgar a cada fase y espacio los esfuerzos, recursos y agentes necesarios.

Recordemos, que entre catequesis y evangelización no existe ni separación u oposición, ni identificación pura y simple, sino relaciones profundas de integración y complemento recíproco. Por tanto, el carácter propio de la catequesis reclama que nos fijemos en algunos acentos que el nuevo Directorio señala a lo largo de sus páginas: Catequesis fundamentada en la Revelación cristiana; Catequesis cristocéntrica, en la que el catequista no puede ser sino un testigo; Catequesis eclesial que pone en acto la Tradición, y Catequesis realizada en el Espíritu Santo. El es, en efecto, el principio inspirador de toda obra catequética: el que transforma a los discípulos en testigos de Cristo y anima en ellos la vida nueva de los hijos de Dios.

También es necesario renovar el lenguaje religioso para cumplir con la doble fidelidad a la que invita constantemente el papa Francisco: la fidelidad al legado de la fe y fidelidad al hombre de hoy. La primera fidelidad supone el lenguaje de lo sublime, lo inabarcable, lo trascendente, pero también de lo tangible, lo experimentado, de la vida cotidiana. La fidelidad al hombre de hoy exige fidelidad a su lenguaje, al de su contexto cultural y al de sus expresiones. Urge una catequesis mucho más simbólica que explicativa; mucho más sugerente que descriptiva; mucho más estética. Una catequesis que invoque no solo verdad y bondad, sino también belleza.

Entre los rasgos que ha de encarnar este lenguaje es conveniente indicar la necesidad de un lenguaje que propicie el encuentro con el Señor en la comunidad, en la celebración y en la praxis cristiana, mediante un proceso personalizante, flexible y dinámico, conjugando con precisión la relación comunitaria e incorporando el diálogo y la acogida.

En esta práctica, la catequesis no puede pasar por alto una serie de tareas: cultivar la interioridad y ejercitarse para aprender a mirar en profundidad y más allá de las apariencias. Despertar preguntas y experiencias nuevas, como expresión de búsqueda y de manifiesta inquietud y deseo de algo más. Todo ello mediante una metodología basada en el provocar, asombrar, promover y acoger una experiencia de Dios y de nueva humanidad.

CONCLUSIÓN

Para concluir, permítase resumir todo lo dicho en algunos rasgos identificadores de esta nueva catequesis para la nueva evangelización:

- ◆ Es un modelo de iniciación por inmersión y contagio en el encuentro y la experiencia realizada con el Señor en la comunidad, en la celebración y en la praxis cristiana.

- ◆ Es un modelo caracterizado por la personalización, cuidando la centralidad de la persona. Un modelo de peregrinación y éxodo; un modelo procesual, flexible y dinámico, con espacios y localizaciones diversas, con tiempos y ritmos cambiantes.

- ◆ Es una catequesis que incorpora el diálogo comunitario y la experiencia intergeneracional. En ella, los testigos, los encuentros y las redes relacionales, forman el mosaico del crecimiento en la fe eclesial.

- ◆ Una catequesis que cuida la acogida de todo lo humano; que toma muy en serio la inculturación de la fe en las distintas culturas. Pero, al mismo tiempo es un modelo de libertad para hacer la propuesta de la fe y pretende ir al corazón del misterio.

♦ Cultiva la interioridad, ejercitando en aprender a mirar en profundidad la vida, las personas, el mundo, uno mismo... Esto nos plantea el reto de hacer que nuestros encuentros, reuniones, actividades... ayuden a las personas a entrar en la profundidad de la vida y les capaciten para mirar más allá de las apariencias y de la realidad más inmediata o superficial, de las sensaciones e impresiones primeras.

♦ Una propuesta que provoque preguntas, expresión de búsqueda o deseo de "algo más". Despertar interrogantes, plantear cuestiones, provocar inquietudes... es una forma de asomarse a mundos desconocidos, de entrar en contacto con dimensiones hondas de la persona.

♦ Guiar, proporcionar y provocar la vivencia de nuevas experiencias espirituales. Una falsa verdad, pero muy extendida, es que "sólo es verdad lo que se experimenta". El valor y la importancia que hoy se da a la experiencia nos ayudan a reconocer la necesidad de que los espacios, procesos y dinámicas catequéticas ayuden a vivir experiencias humanas hondas, que alimenten y hagan posible la apertura y la conexión con la experiencia creyente.

♦ Finalmente, la catequesis ha de ayudar a experimentar la Trascendencia. La urgencia de "experiencia de lo sagrado", tan extendido en el mundo de hoy, nos exige propiciar una catequesis que eduque en la apertura a la Trascendencia, como condición para vivir desde el sentido cristiano de la vida. Es necesario que afrontemos el reto de educar y preparar para esta "apertura" a las realidades que nos sobrepasan, y así poder llegar al encuentro con los otros, el mundo y con el Dios que se nos muestra en Jesús.